



VENERACIÓN MONTALVINA A LA MADRE

Siempre la mujer ha sido y es la que le da sentido a la vida, cumple diversos roles y se convierte en protagonista fundamental de la historia de los pueblos.

Y es que desde la niñez demuestra su capacidad para destacar en los ámbitos que a ella le confieran, es en esa época de sueños y travesuras cuando ya va definiendo el padrón que en el mañana lo desempeñará con amor, sacrificio, sufrimiento y abnegación. Pronto llega la época de los sueños, de las ilusiones, llega la juventud, esa época en que se intenta dominar lo desconocido. Venciendo los obstáculos que la vida le impone, persevera con el talento que solo los triunfadores tienen y enfrenta desafíos y retos para conquistar lo anhelado.

A lo largo de sus años ha tenido y tiene que enfrentar intimidaciones, acosos y desigualdad de derechos. Este 10 de mayo se conmemora el Día Universal de la Madre, esa madre que se esfuerza día a día por entregar a su descendencia las primeras lecciones de la vida y preparar a sus hijos para enfrentar el mundo. Esas madres que exhiben con orgullo los pliegues en la cara, porque son producto de lo vivido, de lo triunfado y de la experiencia ganada. Nuestro respeto a esas frentes erguidas como señal de ser fieles cumplidoras de lo bueno que va heredando a las presentes y futuras generaciones. Quienes ya hemos perdido a nuestra madre cómo quisiéramos volver a esos días en que recibiendo la bendición paterna y materna emprendíamos el viaje al ahora, este ahora que nos permite apretar el puño y con orgullo flamear en lo alto lo que fuimos y lo que somos.

Para todas las madres del mundo nuestro saludo emocionado, nuestra fraternal reverencia y respeto a través de la siguiente lectura que **Don Juan Montalvo dejó escrito en su libro “Páginas Desconocidas”, como reconocimiento a la sacrificada tarea maternal:**

“La madre, genio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable, la madre le rodea al hijo, le ve, le cuida, le defiende por todas partes, delegado de Dios, la madre, la madre penetra lo futuro; inspirada y santa pitonisa, adivina los males que le han de sobrevenir a su descendiente, esa inquietud, esa palidez, esa amable impertinencia con que nos favorece cada día, todo es amor. Su corazón es una fuente pura, bebamos en él para crecer sanos y virtuosos, su alma es un divino espejo; mirémonos en él para corregir nuestras deformidades. Si nos dejásemos alumbrar por ella, ¡cuán claros resplandeceríamos! Si nos dejásemos inspirar por ella, ¡cuán prudentes juzgaríamos! Si nos dejásemos guiar por ella, ¡cuán rectos caminaríamos! No hay madre que no sea un sabio, cuando se trata de la felicidad de su hijo; no hay madre que no sea poderosa, cuando su hijo necesita su protección, cada cual en



su esfera, todas son eficaces, desde la pobre desvalida que en una puerta de calle tiene a su parvulito en los brazos, hasta la señora coronada que anda mostrando a los pueblos el heredero del trono, todas viven y obran para su hijo, la una mira con sus ojos de hambre al transeúnte compasivo, que le echa un sueldo en el regazo; ya tiene pan para su hijo, la otra se pasea pomposamente en el imperio, derramando grandiosas caridades; ya tiene simpatías para su hijo. La madre, la madre para el hijo, ni el peligro la intimida, ni el sacrificio es superior a sus fuerzas, ni su ruina la contiene, si va a salvarle y hacerle un nuevo bien”.

“Entremos en el seno de donde salimos y veamos hervir en él mil clases de opuestas sensaciones, si somos felices, el gozo, la satisfacción corren allí en abundantes ondas; si desgraciados, un torcedor exprime su corazón, una oscuridad profunda reina dentro de ella. Si somos buenos, cuán satisfecha se halla de nosotros, cómo se siente grande y majestuosa con habernos dado a luz; si malos, la humillación la empequeñece, el pesar la debilita, la zozobra la destruye, pero no deja de querernos. ¿Qué lazo es éste tan estrecho, tan fuerte, tan complicado, que ni la habilidad lo desata ni la espada lo rompe? Obra de Dios, al fin, el género humano reducido a una sola persona, por medio de hilos y ligaduras misteriosas e invisibles, sin las cuales los hombres serían unidades nacidas para la infelicidad, sombras solitarias que anduvieran quejándose por las tinieblas del mundo. Si tu madre te quiere, agradécelo a Dios; él la hizo para quererte; si se sacrifica por ti, agradécelo a Dios, él la hizo para sacrificarse”.

“¿Quién te dio la leche de sus pechos? Tu madre. ¿Por quién te criaste blanco, gordo, alegre y saltón como un serafinillo? Por tu madre. ¿Quién vela a tu cabecera sin apartar de ti los ojos, cuando caes enfermo; quién te refresca la mente con sus labios, quién comparte contigo la vida comunicándote su aliento? Tu madre. ¿Quién baña tus manos con sus lágrimas cuando joven ya, no vas derecho; quién te salva con su llanto y sus amorosos ruegos? Tu madre, ¿Por quién vives sin la inquietud del día de mañana, satisfecho en el comer, aseado en el vestir, pulcro y gracioso en todo lo concerniente a los juveniles años? Por tu madre. Luego la madre es todo para hijo, Universo reducido, a la madre van a dar todos los bienes y su tierno corazón jamás deja de brotar para nosotros su raudal vivificante, bebemos de él, sin agradecerle muchas veces; nos hartamos de felicidad, sin caer en cuenta y por lo mismo, sin merecerlo. Ella si sabe muy bien lo que nos toca, sospecha nuestros descarríos y nos aconseja; adivina nuestras penas y se aflige, nuestras



angustias, de ella son; nuestras desgracias, de ella son; nuestras vergüenzas de ella son; nuestras virtudes, de ella; nuestros triunfos, de ella; nuestras felicidades, de ella. Su vida depende de nuestra suerte y nuestra conducta; podemos prolongarla o acortarla, según la tenemos complacida o la quebrantamos con nuestros extravíos y los males de la juventud. Pobre este sensitivo y apasionado, pequeñuela criatura, inerme hija de la Naturaleza, si se trata de levantarte, es grande; si de atreverse, heroica; si de sufrir, sublime; si de sacrificarse, mártir”.

JUAN MONTALVO
París, 20 de septiembre de 1869